



V  
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO PÉREZ"  
Avdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Después de pasar en Fresnes dos ó tres semanas, entregados á los encantos de su mútuo amor, los recién casados fueron á establecerse en París, en un hotelito de Lionel, situado en la calle *Vanneau*. La señora de Fitz-Gerald, regresó á su casa de la *Chansée d' Antin*, pues, aunque estaba un poco lejos de su hija, no quiso dejar aquel barrio, cuya tranquilidad siempre estaba ponderando, porque *Saint-Germain*, con su relativo sosiego, la recordaba la paz de los campos que tanto odiaba.

Corrían los primeros días de Febrero del invierno siguiente, y la luna de miel continuaba brillando sin intermitencias y con sus más suaves res-



plandores en el cielo del joven matrimonio, cuando una mañana la señora de Rias mandó llamar á la madre valiéndose de un billetito misterioso. La señora de Fitz-Gerald acudió sin demora á la calle de *Vanneau*, y después de una larga conferencia con su hija fué á ver á Lionel, que estaba trabajando en su despacho: tenía los ojos humedecidos pero el semblante radiante de satisfacción.

—Amigo mío, dijo con acento conmovido. Maria está algo indispuesta, pero no se alarme usted, que el caso no reviste gravedad ninguna: cediendo á esa timidez natural en las jóvenes, no se atrevió á decirselo á usted... En fin, querido amigo, vaya usted á abrazarla.

—¡Cómo, señoral exclamó Lionel. ¿Será cierto?

—Sí, bésela usted... así se animará...

—Pero, repuso el señor Rias, ¿sufre, está preocupada?...

—¿Qué quiere usted que la preocupe, amigo mío?... Está contenta y disfruta de excelente salud; pero, qué diantre, es un fenómeno que siempre sorprende á las muchachas que por primera vez... ¿verdad?... vamos, vaya usted á abrazarla...

Lionel se dió buena prisa en cumplir tan grato deber, mientras la señora de Fitz-Gerald se paseaba lentamente por la biblioteca, enjugándose suavemente con su pañuelo que embalsamaba el aire con exquisitas esencias.

Algunos minutos después, se reunían en el comedor tres personas completamente felices. La señora de Fitz-Gerald, orgullosa de su hija, la

contemplaba enternecida; la señora de Rias, envanecida secretamente de sí misma, estaba en un estado encantador de confusión y de contento, y Lionel admiraba á su mujer, que le parecía más interesante aún bajo aquella nueva fase de joven madre en capullo.

El feliz acontecimiento que acababan de comunicarle oficialmente, causaba también al señor Rias otras varias satisfacciones: porque no solamente halagaba su legítimo orgullo de familia, sino que despertaba en su corazón al mismo tiempo las expansiones de una generosa sensibilidad y le inducía á suponer que así concluiría aquel primer periodo del matrimonio, que soportaba de buen grado y que ya empezaba á fatigarle. Este periodo lo consagró, como era natural, en divertir á su mujer, y especialmente á los placeres mundanos, que tienen para una recién casada la seducción del fruto prohibido. Lionel la había llevado á los teatros con su prima la señora de Chelles, y dejado saborear hasta el alba las embriagueces del cotillón, y permitido entregarse á los fatigosos placeres de la caza, y festejándola y mimándola, en suma, como hombre galante y enamorado. También la acompañó en sus visitas de boda, aunque el círculo aquel le pareció demasiado extenso.

Entre estas obligaciones y devaneos, había muchos de los cuales el señor Rias ya no gustaba, según aconteció en casi todos los hombres de su edad. Eran muy raras las visitas que hacía por cuenta propia, resignándose con las más necesarias ó escogiendo las más agradables. En otros



tiempos había sido un entusiasta director de cotillones, pero entonces apenas comprendía que hubiera encontrado recreo en divertimento tan pueril; y las reuniones mundanas, especialmente aquellas en que se bailaba, llegaron á serle de todo punto insoportables. Las noches las pasaba en el círculo, ó entregado al estudio, y cuando iba al teatro era como *dilettanti* estragado; esto es, detrás del telón. Reanimado por el vigoroso empuje de la pasión que le inspiró su joven consorte, había readquirido momentáneamente algunas de las aficiones de su primera juventud. Esta fase culminante del matrimonio había formado parte, ciertamente, de su programa, pero no quería que fuese crónica y ya empezaba á discurrir los medios de disponer y apaciguar su vida conyugal, cuando la feliz indisposición de su esposa vino á resolver el problema con providencial oportunidad.

Algunos celos le asaltaban aún. Temía que su mujer, atajada en sus primeros ímpetus, en el apogeo de las diversiones mundanas y en el rigor del invierno, se rebelase contra el destino y hasta quisiera imponérsele. Pero acerca de esto se engañaba, porque si él tenía su plan también su mujer había trazado el suyo, en el cual figuraba el nuevo acontecimiento, complemento previsto y hasta deseado de su dignidad de mujer casada, porque la joven siempre había sospechado aquella cuna en el fondo de su canastillo de boda. Lejos de encubrirse á sí misma ó á los demás sus esperanzas de maternidad, las puso, por el contrario, de relieve, recreándose en ir enumerando los síntomas

con inocente orgullo. Renunció gustosa á las salidas nocturnas, y recibió, desde aquel momento, con bata, á todas sus visitas, extendida en una anaclintera y afectando prematuras languideces.

Todos estos síntomas tranquilizaron al señor Rias y aquella completa y dulce resignación le convenció de que había encontrado en la señora de Fitz-Gerald el ideal soñado y que es, generalmente, el tipo ambicionado por el sexo fuerte: una mujer de su casa.

Muy satisfecho del presente, Lionel miraba con confianza hacia el porvenir. ¿Qué causas podrían perturbar, en lo sucesivo, un enlace cuyo bienestar parecía reforzarse con cada nuevo día? Por parte de su esposa no había nada que temer; durante los meses que llevaban casados tuvo tiempo holgado de conocerla bien. Era buena y leal, todos sus instintos eran sanos y estaban robustecidos por la educación y el ejemplo de una madre de intachables costumbres; y además, quería á su marido y reunía todas las condiciones para ser amada: hermosura cabal y finísimo trato. Solo tenía un defecto; la insuficiencia manifiesta de su cultura intelectual: en diversas ocasiones Lionel pudo advertir que los conocimientos históricos y literarios de su mujer, eran muy escasos; pero, aún en su misma ignorancia había algo encantador, y el señor Rias se divertía grandemente con aquella erudición fantástica.

En cuanto á sí mismo, nunca pudo averiguar si sería ó no capaz de cometer los errores atribuidos á otros maridos, únicos responsables de sus des-



gracias. Sin exagerar sus buenas cualidades personales, se conocía bastante bien y tenía confianza en su virtud; era digno de que una mujer le quisiese, é indudablemente él había logrado conquistar el corazón de la suya: ¿qué faltas ó qué torpezas podrían despojarle de aquel cariño? Seguramente no se estrellaría contra obstáculos vulgares, ni tampoco encontraba meritorio el evitarlos, puesto que ninguna de aquellas torcidas aficiones le atraía. No era tacaño y había arreglado espléndidamente la pensión de la señora de Rias y el presupuesto de su casa. Tampoco era hombre que desmoralizase á su mujer llevándola á cenar á los gabinetes reservados. No estaba ciego y sabría alejar de su hogar las intimidaciones peligrosas, en vez de atraerlas como tantos otros; y como tenía mucha experiencia y amaba lealmente á su mujer, no sentía barruntos de atormentarla con ofensivas rivalidades. En suma; que tanto por su parte como por el de la señora de Rias, solo veía probabilidades firmes y valederas de una unión apacible y sólida.

Con estas lisonjeras ilusiones se dedicó alegremente á organizar su nueva vida, tal como él la comprendía.

Aunque hombre de costumbres mundanas, también tenía el señor Rias grandes aficiones al estudio: era abogado y atesoraba instrucción vastísima. Sirvió en otro tiempo con éxito notable en la carrera diplomática, pero luego renunció á su profesión para ir á vivir con su madre, que había envejecido. Para distraer una inacción que le aburría

y mortificaba, emprendió con el mayor misterio una obra literaria que le enaltecía á sus propios ojos hasta que le honrase públicamente: era una historia de la diplomacia francesa en el siglo XVIII. Lionel se había propuesto continuar asiduamente aquel interesante trabajo, interrumpido reiteradas veces por los divertimientos de su vida mundana, el día en que el matrimonio regularizase mejor su existencia embelleciendo su hogar. Aquel día había llegado y Lionel cumplió su palabra invirtiendo muchas horas en recorrer los archivos de negocios extranjeros, recogiendo materiales que luego clasificaba y ordenaba en su biblioteca. Para amenizar su trabajo el señor Rias se reconcilió con algunas costumbres que habían llegado á serle casi indispensables, y que, á su juicio, se armonizaban perfectamente con el matrimonio. Conocedor de las bellas artes y gran aficionado á los diversos géneros de *sport*, gustaba de estudiar la vida parisina en sus múltiples y continuas manifestaciones; se complacía en estar al corriente del último acontecimiento, y estas novedades las buscaba, lo mismo en las tertulias de su casino que en las tribunas de las carreras, ó entre los bastidores de los teatros.

Su mujer, entre tanto, reclinada en su anaclitona, le esperaba poseída de dulce impaciencia; él que la amaba con un afecto leal y profundo, tornaba á verla llena de contento, convencido de que aquella mujer colmaba sus más ambiciosas esperanzas; y siempre que entraba en su casa veía un rostro dulce que le daba sonriendo la bienvenida, una mujer solícita que cuidaba de evitarle hasta



las molestias más insignificantes de su vida material, una chimenea siempre encendida, flores siempre frescas y un asilo seguro contra las horas de cansancio y de hastío... En una frase: el hechizo de un hogar tranquilo, adornado, apacible, que dulzura las arideces de su trabajo y embellecía sus distracciones caseras. Era, en fin, el matrimonio ideal que el señor Rias, lo mismo que otros muchos hombres, había soñado.

Prescindiendo de los temorcillos naturales, el tiempo, que la señora de Rias pasó recostada en su anaclítera fué delicioso, tanto para ella como para su marido. La joven estaba muy atendida y obsequiada; sus aristocráticas primas las señoras de Lorris, de Chelles y de Estreny, la referían las noticias más salientes de París. Su madre se separaba de ella únicamente para recorrer los almacenes buscando los objetos que habían de formar la futura canastilla, y que desde luego sometía á la aprobación de su hija. La anaclítera y el suelo del gabinete estaban cubiertos continuamente de batistas, franelas, encajes, cintas y gorritos caprichosos. Las señoras de Lorris, de Chelles y de Estreny, discutían todo aquello validas de su experiencia, y el señor Rias, que volvía á su casa á la caída de la tarde, aumentaba con sus ocurrencias el contento de aquel círculo de simpáticas matronas. Llegaba, generalmente, con las manos y los bolsillos cargados de cajitas, saquitos y paquetitos misteriosos; y cuando enseñaba todo aquello los circunstantes admiraban las alhajas, y comían los dulces y se repartían las flores. Era una fiesta.

La llegada de la condesa Julia á fines de Agosto, imprimió al cuadro cierta gravedad. Algunos días después se la vió en la iglesia de Santa Clotilde, teniendo sobre la pila bautismal al niño Luis Enrique Patricio de Rias. A la mañana siguiente salió, con sus labores de punto, hacia su hotel de las cercanías de Cherbourg.





## VI

La señora de Rias se repuso con una prontitud que honraba mucho su constitución, y no tardó en reaparecer por el *boulevard*, en todo el apogeo de su arrogante maternidad, y acompañada por una nodriza provenzal cuyos magníficos ojos negros y singular indumentaria, cautivaban la atención de los transeuntes. Lionel había deseado mucho que su mujer amamantase al niño, pero la señora Fitz-Gerald supo aducir, en nombre de la salud y de la hermosura de su hija, algunos de esos capciosos argumentos femeninos á los cuales los hombres no saben qué responder. Por otra parte, Lionel se congratuló de ver que María cuidaba



de su hijo con apasionada solicitud, aunque también advirtió con disgusto que aquella ocupación la permitía muchas horas de libertad. No obstante, el señor Rias siguió haciendo la misma vida que llevó durante el embarazo de su mujer, ya que no hay costumbre de que los maridos acompañen á sus esposas en sus visitas y paseos diurnos, y él se ajustó á la moda dejando á su mujer en completa libertad y conservando la suya. No ocurría, desgraciadamente, lo mismo por las noches, ni la prudencia y el buen parecer consentían que la señora de Rias hubiese andado sola de baile en espectáculo; y justamente un violento deseo, acariciado por una larga y forzosa reclusión, había despertado en la joven arrastrándola hacia este género de diversiones. París ofrecía aquel invierno un sinnúmero de placeres, y rara era la noche en que Lionel no se encontraba invitado para tres ó cuatro fiestas diferentes; mas su mujer tenía derecho, realmente, á ciertas compensaciones, y aunque apartado de sus costumbres y trabajos por esta fiebre mundana de su mujer, Rias, conformándose con su cariño y con su deber, accedía á todo satisfecho, por lo menos en apariencia. Aquella era, á su juicio, una crisis pasajera, y tal vez esperaba también que la Providencia le acudiese, como el invierno anterior, en aquel nuevo trance.

Una mañana, en efecto, después de almorzar, María, que había comido y estaba muy pensativa, se cubrió de pronto el rostro con ambas manos y rompió á llorar.

—¡Dios mío! ¿Qué es eso, querida niña, qué tie-

nes? exclamó el señor Rias, corriendo presuroso á su lado.

—Nada... repuso María sollozando; no es nada... quisiera ver á mi madre...

—¿Pero sepamos qué la sucede á usted... qué tiene?...

—Nada... solo le ruego que mande llamar á mi madre...

En aquel preciso momento la señora de Fitz-Gerald, atraída tal vez á la calle Vanneau por algún vago presentimiento, entró en el comedor, y su hija la condujo inmediatamente á un salón vecino, en donde á los pocos instantes oyó Lionel un duo confuso de lamentos y sollozos reprimidos.

La situación era embarazosa para el señor Rias, que después de encogerse de hombros y de encender un cigarro, se puso á mirar distraídamente un periódico, esperando á que la entrevista terminase.

Después de media hora larga, la puerta se abrió y apareció la señora de Fitz-Gerald sola, con los ojos enrojecidos y el semblante arrebolado: prometió á su hija volver aquella misma noche, y murmuró envolviéndose en su abrigo y al pasar por delante de su yerno:

—¡Ya podía usted ahorrarse el trabajo de matar á mi hija!...

Y diciendo esto salió majestuosamente.

El señor Rias, aún en situación tan difícil, supo demostrar que era un hombre ingenioso y galante. Después de reprimir, no sin grande esfuerzo, los impulsos de su enérgico carácter, entró en la ha-



bitación de su mujer que aún continuaba lloriqueando: habló con ella seriamente, mas empleando al mismo tiempo un lenguaje tierno y regocijado, y riñéndola un poco y besándola mucho, logró convencerla de que era una mujercita digna de piedad, seguramente, pero muy querida y bastante dichosa. Cuando la señora de Fitz-Gerald volvió, les halló sentados en un sofá, el uno junto al otro, cogidos de las manos y sonriéndole á su hijo Luis-Patricio, que ensayaba sobre la alfombra sus primeros pinitos gimnásticos.

—No puede usted figurarse, querida mía, dijo Lionel alegremente á su mujer, la dureza con que su madre me trató esta mañana.

—Por Dios, amigo mío, repuso la señora de Fitz-Gerald, vencida por la escena íntima que tenia ante sus ojos, le pido á usted mil perdones... Reconozco haberme equivocado... pero realmente hay cosas inauditas... Si pensaba usted hacer de mi hija una gallina clueca, debía usted habérmelo dicho... Ahora, no obstante, parece que ella se conforma y nada tengo que objetar...

—No, esto no me agrada, mamá, dijo la señora Rias, pero comprendo que...

—Bien, bien, hija mía... si tú lo comprendes, perfectamente...

No creyó Lionel haber pagado á muy alto precio con aquel pequeño rozamiento, el reposo y la tranquilidad, que, desde aquella mañana, iba á reinar en su casa. Ya veía desarrollarse ante él una larga serie de meses tranquilos y felices, pasados en un cuadro seductor cuyo centro lo ocupaba la ana-

clíntera de su mujer. Pero aquello fué un espejismo mentiroso. No tardó en comprender que las mejores razones se gastan y que no siempre idénticas causas producen iguales efectos. La salud general de la señora de Rias se había robustecido tanto desde el año anterior, que pudo ocultar al público su embarazo. Merced á cuidados prolijos pudo seguir durante todo el invierno su vida habitual; el verano lo pasó en Trouville, cediendo á las indicaciones de un médico que no la contrariaba, y únicamente recurrió á la anaclíntera en los quince últimos días. En una palabra: que llanamente, sin demostraciones de desagrado y casi con alegría, pareció demostrar al mundo que no se ganaba mucho componiendo ciertos planes maquiavélicos.

El señor Rias, aunque seguía prendado del ingenio y gracejo de su mujer, se sintió presa de un invencible descorazonamiento. Ciertamente era muy hermosa la niña recién nacida, pero el aumento de la diminuta familia y los cuidados que necesitaban aquellos dos chicos, ¿podrían mitigar la fiebre de diversiones que tenia su mujer y retenerla en su hogar? No, no abrigaba ninguna esperanza, y hacia muy bien. La señora de Rias consagraba á sus cuidados maternos todo el tiempo necesario, pero no por ello declinaba su afición á aquel género de vida que la era tan familiar, ya que además la parecía correcto y absolutamente irreprochable.

Lionel procuró emplear algunos paliativos: impuso ciertas restricciones y para que las acepta-



son sin protesta, tuvo el buen acuerdo de hacer que su suegra le ayudase. Se trataba de una de esas rifas caritativas que suelen organizar las señoras aristócratas para divertirse improvisando tiendecillas elegantes que ellas acreditan con su hermosura, y todo ello so capa de proteger á los pobres. La señora de Rias fué invitada á figurar entre las vendedoras, y solicitó el permiso de su marido.

—¡Por Dios, hija mía! dijo Lionel, haga usted lo que quiera... Yo no deseo contrariarla, pero creo que lo mejor sería atenerse al parecer de vuestra madre. Veamos, señora, añadió dirigiéndose á la señora de Fitz-Gerald; usted, que en lo relativo á conveniencias sociales tiene un tacto tan delicado y seguro, que no hay dos como usted... ¿qué opina usted de ésta?...

—Amigo mío, dijo la señora de Fitz-Gerald grandemente halagada en su vanidad; si he de hablar francamente, no me agradan esas exhibiciones. En mi tiempo no había rifas... También es cierto que las jóvenes de ahora son más despreocupadas.

—Ya oye usted lo que dice su mamá, querida niña, repuso el señor Rias; pues bien, yo declaro que estoy conforme con su opinión, y que me dolería mucho ver el nombre de mi esposa impreso en los periódicos entre aduladores comentarios acerca de su tocado y de su belleza... En fin, no me agradaría que formase usted parte de lo que generalmente se llama, *todo Paris*... Y aún diré más, ahora que estoy oficiando de tirano, de buen grado

suprimiría de todas sus diversiones presentes ó futuras, aquellas que exponen á la mujer á esa clase de publicidad maledicente... Veo que su madre aprueba lo que digo con los ojos, y eso me anima... Quisiera suprimir las aparatosas exhibiciones en el hipódromo, las visitas furtivas á esos teatrillos en que se representan obras inmorales, la afición desmedida á los estrenos, los bailes de máscaras, las comedias de salón; y ajustándome al sano criterio de vuestra madre, todo aquello que busca generalmente vuestra prima la señora de Chelles... También desearía, si vuestra madre no se opondrá, que no intime usted mucho con esa señora de Chelles, que cada día es más extravagante... ¿No es cierto, querida señora?

—Por Dios, amigo mío, dijo la señora de Fitz-Gerald; ciertamente es una joven que se prodiga mucho... Mi hija no es afortunada con ninguna de sus primas... hago caso omiso de la señora de Lorris, que es un dechado... pero esa pobre duquesa me inquietaría mucho si yo tuviera el trabajo de ser su marido.

—¡Oh, mamá! exclamó la señor de Rias en tono de reproche; ¡deje usted á la duquesa!... Convengo en que es un poco coqueta... pero con tal suavidad... y, además, ¡me gusta tanto!

—Si la gusta tanto, dijo el señor Rias; dejémosle á la duquesa.

Y no agregó que la duquesa también le agradaba á él, como era verdad.

Después de haber ejecutado esta especie de discepción en los divertimientos de su mujer, Lionel



no se sintió mucho más satisfecho que antes. En cierto sentido su dignidad y sus susceptibilidades de esposo estaban mejor guardadas, pero su independencia individual continuaba encadenada. En los límites que acababa de prescribir á su mujer, aún tenía la señora de Rias un círculo de diversiones mundanas muy grande, y forzado, como estaba, á acompañarla, iba ocultando siempre bajo su habitual apariencia de gravedad y cortesanía, un profundo fastidio.



## VII

Por aquella época la señora de Rias tuvo el sentimiento de verse separada de la prima mejor y que más quería. La señora de Lorris la dejaba para ir á reunirse con su marido recién llegado de la Indo-China, y con el cual debía de pasar uno ó dos años en Cherbourg, antes de que reanudase sus excursiones marítimas. Al mismo tiempo la señora de Rias, por complacer á Lionel, iba relajando paulatinamente sus relaciones con su prima la de Chelles, en la cual tuvo, dicho sea entre paréntesis, una enemiga implacable. María cifró, pues, todos los apasionamientos de su amistad en la duquesa de Estreny, cuya graciosa languidez, dulce melancolía y refinada distinción, tenían para



ella un gran atractivo. Aquel año las dos amigas ocuparon en La Opera y en el Teatro Frances, el mismo palco. La duquesa correspondía pródigamente al cariño de su prima, cuya suerte la interesaba mucho, y solía preguntarla clavando en ella sus hermosos ojos entenebrecidos por una nostalgia eterna.

—¿Díme, querida mía, te quiere mucho tu marido?...

—Croo que sí, respondía la joven.

—Pero, ¿está enamorado realmente?

—Sí, eso parece.

—¿De suerte que nada te falta?

—No.

—¡Pobre angel mío! ¡Eres dichosa!

Y la besaba en la frente con apasionamiento maternal.

La duquesa tenía la indiscreta costumbre de inquerir la intimidad de los matrimonios jóvenes que conocía, y todos los maridos, excepto el suyo, eran objeto, para ella, de un exámen minucioso. Desmenuzaba su modo de ser, su conversación, la conducta que observaban en el seno del hogar, y en seguida entablaba comparaciones de las cuales casi siempre salía mal parado el duque. Pero éste continuaba satirizándola cruelmente por sus aficiones románticas y sus ensueños de idealidad, sin comprender que los enfermos se desesperaban y hasta tienen deseos de morir cuando oyen que se burlan de sus dolencias.

La duquesa, para protestar ostensiblemente del materialismo de su marido y sobre todo contra su

insaciable apetito, afectaba comer muy poco; hasta hubiera querido hacer creer que se alimentaba casi exclusivamente de flores y frutas, siempre estaba mordisqueando hojas de rosa y ramitos de lilas, y de las frutas solo le gustaban las más raras: conservaba en todo tiempo ananas de invernadero, que ella misma cortaba en pequeñas y sùbtils rebanadas y que siempre tenía á su lado, sobre un velador. El duque, con su habitual regocijada grosería, decía que su mujer se levantaba por las noches, como la glotona de los cuentos árabes, y que habiéndola seguido una vez por curiosidad, la sorprendió delante de un enorme pastel de liebre y jamón.

—¡Me asusté, añadía el duque, de lo que comía!

Todos los martes había baile en casa de la duquesa, y la señora de Rias era una de las concurrentes más asíduas. Una noche, ó por mejor decir, una madrugada, en que la joven se abandonaba sin rebozo á los placeres de un cotillón inacabable, su prima la señora de Chelles, que ya se iba, la dijo al pasar á su lado:

—Cuando quieras ver á tu marido, querida mía, le hallarás en la estufa con Sabina.

La señora de Chelles acompañó estas palabras con una sonrisa que no pasó inadvertida para la señora de Rias. No obstante, pareció agradecersele con una mirada y prosiguió ballando hasta que la perdió de vista, y entonces, fingiendo estar cansada, saludó bruscamente á su pareja y se alejó con aire de malhumor.

Atravesó dos ó tres salones que en aquel momen-



to estaban casi desiertos, y llegó delante de un cristal de espejo no azogado y que permitía, por consiguiente, ver el interior de la estufa. María escudriñó con sus miradas los grupos de plantas exóticas que llenaban el invernadero, y por sus venas circuló repentinamente una corriente de frío. Lo que vio no tenía, sin embargo, nada de extraordinario: su marido estaba sentado tranquilamente junto á la duquesa, y los dos charlaban á media voz y sonriendo; ni siquiera era animado su diálogo, porque había pausas y momentos de silencio; únicamente la duquesa arrancaba de vez en cuando algunas violetas de las que se marchitaron sobre su seno durante el saráo y las comía, y también le daba alguna que otra al señor Rias, que parecía encontrarlas muy sabrosas. Después quisieron comer algo más substancioso, y la duquesa cogió de un plato japonés un trozo de sus queridas ananas y empezó á mordisquearlo con sus blancos dienteillos; pero solo comió la mitad, porque después de titubear un momento, durante el cual Lionel debió de decir algo muy elocuente, le dió la otra mitad.

La señora de Rias, viendo la inquietante progresión de aquella poética merienda, no quiso esperar al tercer plato y entró violentamente en la estufa.

—¡Ah! ¿Estaba usted aquí? dijo: ¿quiere usted que nos vayamos?

—¡Tan pronto! exclamó riendo Lionel, que se había incorporado presuroso: ¡me asombra usted, querida mía!..., ¡Si apenas son las tres!...

La joven recibió ó, por mejor decir, soportó el beso de despedida de la duquesa y salieron.

En cuanto subieron al coche la señora de Rias fingió adormecerse profundamente en un rincón, y Lionel se sintió calmado agradablemente de los temores que le sugirió su conciencia turbada.

Una vez en el hotel, el señor Rias iba á separarse ya de su esposa, después de haberla acompañado hasta el tocador contiguo á su dormitorio, cuando ella le cogió por las manos violentamente y exclamó con acento conmovido y mirándole á los ojos:

—¡Qué pena tan grande!...

Después se arrojó sobre una butaca y empezó á sollozar amargamente, mientras mordía los encajes de su pañuelo.

Aquella explosión dolorosa fué tan repentina, que el señor de Rias se desconcertó: pero en seguida recobró su aplomo y aproximóse á su mujer, sentándose á sus pies en una banqueta.

—Veamos, María, dijo cariñosamente; ¿qué tiene usted, querida mía?

Y como ella continuase dando sueltas á su desesperación y sin responder...:

—¡Oh, Dios mío! añadió; ya sé de qué se trata... ¿Me ha visto usted comer las violetas de la duquesa... no es eso?...

La joven barbotó algunas palabras entrecortadas por sus sollozos:

—¡Y las ananas! exclamó.

El acento patético de la celosa niña hizo sonreír á Lionel.



—¿Y las ananas también? dijo; ¡pues ya no falta nada!

—¡Sí, mi desventura es completa! repuso ella tristemente.

—No piense usted eso siquiera, querida muñeca, contestó Lionel; tiene usted demasiada sensatez para tomar en serio semejantes chiquilladas... Ya sabe usted que eso no vale nada... sobre todo tratándose de su prima, que es una criatura espiritual que únicamente habla el lenguaje de las flores.

—¡Y de las frutas! agregó María que iba calmándose poco á poco.

—Y de las frutas, si usted quiere... no pretendo excusarla... Esas coqueterías son inconvenientes... Ha hecho muy mal en permitirselas y yo en acceder á ellas... Pero, en resumen, niña mía, ¿qué hay de extraordinario en esa historieta?

—Francamente, no lo sé, repuso la señora de Rias.

—Pues bien, querida mía, se lo voy á explicar á usted, dijo Lionel levantándose para dar mayor valimiento á su elocuencia. Le gustan á usted demasiado las diversiones, su vida y por consiguiente, la mía, es un baile perpétuo. Baila usted en París durante el invierno, y en las playas durante el verano, y en otoño en el campo... Usted no ve lo que hay de malo en ello, y esa ignorancia la honra mucho; pero fuese usted de mi experiencia: si únicamente los bailes sirviesen para bailar, no concurriría á ellos ninguna persona que pasase de los veintidos años; solo habría bailes de colegiales

y de pensionistas, y los salones se cerrarían... Pero, desgraciadamente, esas diversiones tienen otros atractivos; la sociedad se reduce á un comercio de galanterías, y en eso estriba su verdadera razón de ser. El baile es, casi siempre, la ocasión, el pretexto. Lo que los hombres buscan siempre y las mujeres algunas veces... es lo que llaman necesidad del corazón... aunque el corazón suele representar en estos lances un papel muy secundario. También puede ocurrir que ese afecto se encuentre allí, sin buscarlo, porque en el aire se respira un influjo maligno que suele ser fatal, pero es imposible concebir que un hombre, que no baila, ni juega, ni es un imbécil, pase todas las noches en un salón tres ó cuatro horas, sin sentir las malas tentaciones que engendra el hastío... De modo que, aún cuando no deje de quererla á usted más que á ninguna otra mujer, puedo caer cualquier día, sin quererlo ni procurarlo, en una infidelidad... En cuanto á usted, querida mía, la divierten mucho todavía los inocentes placeres de su tocado, de la zaragata y del baile, pero también llegará día en que la aburrirán si no encubren alguna otra distracción de mayor cuantía y riesgo... En suma: ¿quiere usted conocer el porvenir reservado á nuestro matrimonio si continuamos concurriendo á las fiestas mundanales con la asiduidad que hasta aquí?.. Se lo voy á decir á usted en dos palabras: yo la engañaré á usted y usted llorará... y me perdonará. Y usted me engañará... y yo no lloraré, ni la perdonaré.

—¡Ya no volveré más! murmuró la joven enju-



gando dos lágrimas que le arrancó, no la idea de su sacrificio, sino la sequedad con que su marido se había expresado.

—Yo no exijo eso de usted; únicamente la ruego que tenga más moderación, y que vaya usted siempre con su madre, puesto que yo desconfío justamente de mí mismo.

—¡No, no volveré nunca más! repitió la señora de Rias con profundo abatimiento.

—Piense usted en ello, querida mía, y todo lo que haga usted estará bien hecho... Buenas noches... Perdóneme usted ó, más bien, compadézcame, pues ya sabe usted que las ananas me repugnan...

Después de besarla los cabellos, se retiró.

Precisa confesar que se retiró muy satisfecho de sí mismo. Merced á una habilísima combinación hizo de su desliz una arma, y, no solamente se había librado sin grave esfuerzo de una situación difícil, sino que obtuvo ventajas. Por una parte había recobrado su libertad alegando los pretextos más dignos, y por otra se congratulaba de que, reduciendo continuamente el campo de acción de la señora de Rias, lograría aficionarla á su hogar, del cual sería eje y motor único; que tal debe ser el tipo ideal sublime de la esposa perfecta.



## VIII

Al día siguiente, la señora de Rias se vistió con severa sencillez y no salió á la calle. Estuvo ejecutando ejercicios de piano y comenzó un trabajo de bordado. Por la tarde recibió la visita de la duquesa Sabina de Estreny, que llegó más lánguida que de costumbre, lo que no era extraño si estaba en ayunas desde la víspera. Las dos primas se abrazaron y besaron como de costumbre, después de lo cual la señora de Rias continuó trabajando con ahinco inusitado. La duquesa la observaba con ojos inquietos. La conversación abundó al principio en lugares comunes, después decayó completamente y el silencio solo era interrumpido por los chisporroteos del fuego y los suspiros de la duquesa.